

Alfa

## El viaje literario

(De la cartera de apuntes de un crítico)

Quando Rubén Darío estuvo en Chile...

Días de sombra y de luz son los que Rubén Darío vive en Chile, entre los años 1886 y 1889. Tan pronto cuaja sobre ellos el placer como la amarga levadura de los desalientos. Bajo su frente enigmática se abulta la virginal consigna de una creación nueva. Nadie lo sospechaba por aquel entonces y ni él mismo hubiera podido definir el misterioso designio.

Apenas el barco que le trae—un exiguo barco de pocas toneladas—deja atrás la última escoriadura de la frontera extranjera, se insinúa el duro perfil de la costa norteña de Chile. Los acantilados rojizos o grises, recortan sus líneas abruptas sobre el horizonte ceniciento. Reverbera una luz estática, como tamizada desde un astro muerto: la luz del desierto salitral. La línea de la costa impone su áspera contextura y a lo lejos se alzan, como en el primer plano de un escenario yermo y desolado, los perfiles dentados de los cerros.

Ni un solo recuerdo anota Darío en sus memorias, con relación a este crucero por la costa del Pacífico. Ni una sola emoción se contrae en su corazón solitario, frente al misterio de esa naturaleza que él alcanza a divisar desde la cubierta del barco. La costa aparece y reaparece, al compás del barco que avanza siguiendo e impulso de su andar cauteloso. No hay referencia alguna a los días anteriores, lentos y plúmbeos de travesía, por los mares tropicales, ni más tarde, por los mares fríos que le salen al encuentro. No se sabe cómo viaja en ese vapor, quiénes son los personajes con los cuales cambia algunas impresiones y qué impresiones fueron las que con más tenacidad se grabaron sobre su espíritu atristado. Es un viajero sin resonancias; un viajero que soporta en la soledad un drama íntimo, del cual nadie es partícipe y con el que nadie, seguramente, ha cambiado otras palabras que las corrientes y vulgares.

A medida que el barco avanza hacia el sur, soslayando la sequiza desolación de la costa, el paisaje se torna cada vez más acogedor. El cielo de seda se ensancha como un inmenso dombo celeste. Días claros y límpidos. Pero hay también los días grises o sombríos, entre las neblinas espesas y los vientos ásperos. En las tierras que se alcanzan a divisar desde la cubierta, cuando el barco enfila cerca de la costa, no se ven abanicos de palmeras ni enmarañados árboles lujuriosos. No danzan en el aire insectos pertinaces ni se ven esas grandes mariposas irisadas de las regiones calientes. Cuando el barco atraca en algún puerto, tampoco se

acercan a los muelles los cuerpos elásticos y sudorosos de los negros y mulatos que pululan en los embarcaderos del trópico. Es otra atmósfera, otro ambiente, otra sensación. Los cargadores son hombres de mediana estatura, recios, de anchas espaldas y de piernas arqueadas, con unos rostros morenos y curtidos, de ojos vivaces y penetrantes. Crenchas duras y espesas se platan sobre las frentes. Muy pronto la realidad le hará comprender que ha pisado una tierra distinta de las ya conocidas. En Nicaragua, antes de partir, le han dicho que va a un país de organización seria y severa, con hombres hospitalarios y parcós. Hombres mordaces, un poco dados a la burla, pero que, como el fruto del castaño, muestran cuando se abren, en el fondo de la caparazón erizada de pinchos, la pulpa que el calor de la franqueza, vuelve acogedora y deleitosa. Es Chile.

Un pasajero más desembarca, por fin, en Valparaíso. Le sorprende agradablemente aquella ciudad recostada en los faldeos de los cerros y cuyos techos pintados de rojo o verde, trepan hasta muy alto por entre las resquebrajaduras de las colinas. Pero en verdad, no es el puerto el que le sobrecoge ni el que decide de su voluntad. Valparaíso es una ciudad de marinos y de mercaderes. Y él busca el prestigio de la capital en la que según le han dicho, vive un círculo político e intelectual de los más señeros de América.

Allí es donde espera encontrar el perfil exacto de la vida, el perfil auténtico de la nacionalidad.

Darío llega a Valparaíso en julio de 1886 y muy luego se traslada a Santiago. Su llegada a la capital de Chile no está señalada por ningún suceso extraordinario. El tren se detuvo, como siempre en la estación Alameda—en aquellos años era la única que existía para los trenes del norte y del sur—y el viajero tropical bajó, confundido con todos los viajeros que arribaron del puerto. Eran más o menos las cuatro de la tarde.

Minutos antes había echado sobre la muchedumbre que llenaba el andén esa mirada huidiza y anhelante del que, desde la plataforma o desde la ventanilla, busca a un conocido que le espera. Al poeta Darío, nadie de su intimidad le esperaba. Y a pesar de que estaba convencido de esta desoladora verdad—él sabía de un desconocido que le aguardaría en la estación, pero cuyo rostro no tenía hasta ese momento expresión alguna de vida o de familiaridad—su extrema timidez le hizo pestañear con ansiedad.

Una vez en el andén esperó un instante, revuelto entre todos los viajeros que descendían apresuradamente de los vagones con sus maletas o entre los curiosos que daban voces y saludaban haciendo señas a los pasajeros. Escuchó como en un sordo barullo las voces alegres, las palabras de bienvenida, los besos ruidosos que se daban las mujeres; gritos, exclamaciones, llamadas precipitadas. Aquel pequeño mundo hirviente,

característico de todas las estaciones, crispó con una leve mordedura el corazón solitario del poeta. Recordó la carta de recomendación que traía en su cartera, y aunque esta credencial le hacía sentirse un poco más dueño de sí mismo, en ese instante carecía de significación. Estaba solo, entera y lamentablemente solo.

Entre tanto, se atropellaban junto a él, empujándolo o arrastrándolo insensiblemente hacia otro sitio. Se irguió por encima de las cabezas buscando algo, que no sabía en verdad qué era. Movimiento instintivo con el cual quería justificarse a sí mismo. Su actitud era la del que ha sido abandonado en un sitio desconocido del planeta y nada, sino la esperanza de un encuentro fortuito, inexplicable, puede darle ánimos. Una enorme maleta, llevada en hombros por un «cortero», le rozó la cabeza. Hizo un movimiento brusco al tiempo que el cargador exclamaba con sorna; «Guarda puñor» . . . » Tropezó con otros grupos, entre el torbellino de esos minutos. Todos reían allí, indiferentes a la sensación de abandono de ese viajero llamado a ser con el tiempo, un extraordinario poeta.

Lentamente el andén se fué quedando vacío. Cambió de sitio, dejó la maleta junto a sus pies, anchos y desmesurados, y se dispuso a esperar. Su mirada abarcó la inmensidad del recinto. El ruido de la ciudad llegaba apagado hasta sus oídos, mezclado con el pitar estridente de las máquinas. A través del arco de entrada de la estación se divisaba la atmósfera turbia de esa tarde de invierno. El aire estaba cargado de frío

y de neblina. El poeta se estremeció. El humo de las locomotoras hacía más obscuro el semicírculo de entrada del andén, recortado arriba por el arco del galpón de hierro.

Se había quedado casi enteramente solo en el andén, cuando vió avanzar hacia él, a un hombre elegante, envuelto en un abrigo con ancho cuello de piel. El desconocido pareció vacilar un segundo en la actitud del que busca algo y no se atreve a abordar al único pasajero que espera. ¿Sería el poeta ese hombre desgarrado y de tan insignificante aspecto? Esta reflexión debió sin duda abrirse en el ánimo del recién llegado. Coincidían, sin embargo, las señas del rostro con las que le habían dado en una carta.

Se acercó resuelto:

—¿El señor Darío acaso?

—Sí, señor—respondió el poeta.

—Ah...! (fué una exclamación como de duda y al propio tiempo de certidumbre desengañada, y añadió con rapidez)... ¿Y qué tal?...

El hombre llevaba un sombrero hongo y todo en él brillaba con ese sello de opulencia y de buen gusto que es la marca de una existencia holgada. Brillaban los zapatos de charol y el cuello blanco, duro y almidonado a la usanza del tiempo, hacía mantenerse más erguida la cabeza del desconocido. Tendió al poeta una mano enguantada, suave al tacto. En la otra lle-

vaba el incensario de un rico habano, cuyo aroma envolvió la cabeza de Darío. El poeta abrió la boca:

—Usted... es tal vez el señor...

La vacilación del desconocido para responder, es la misma que aun subsiste entre los investigadores de ese minuto de la vida de Darío en Chile. ¿Quién era el Sr. que fué a esperar a Darío a la estación? Hasta hoy, nadie ha podido descubrir este pequeño misterio de ubicación humana y acaso literaria. Se sabe que Darío traía cartas de recomendación para don Eduardo Mac-Clure, potentado santiaguino de aquellos años y director del diario «La Epoca». Pero en su autobiografía—y aquí empiezan las conjeturas—el poeta dice que era el señor A. C. Darío sólo puso las iniciales, como si en verdad temiera engañarse acerca del nombre exacto del potentado elegante que acudió a esperarlo. Se ha buscado hasta ahora, por los especialistas en esta clase de problemas, la filiación de estas iniciales, sin encontrar una indicación aceptable. No es que importe gran cosa el nombre de ese caballero.

Lo penoso de ese minuto y de ese misterio, lo constituyen las pausas embarazadas, las dudas del desconocido y las exclamaciones reticentes que se apretaron tanto en sus labios como en la lumbre de sus ojos, sin duda burlescos, al descubrir la pobre indumentaria del poeta recomendado. La autobiografía del poeta es bien explícita, en su misma reserva acerca de todo esto. Parece que el señor A. C. creyó que se trataba de un personaje como los que la diplomacia enviaba, por

aquel tiempo, a los países amigos: un hombre elegante, vestido con magnificencia, con una roseta en el ojal y una valija abrumada con las etiquetas de los hoteles de todas las grandes ciudades del mundo...

El Director de «La Epoca» Eduardo Mac Clure, era hombre de reconocida elegancia en el medio santiaguino de 1886. Tenía fama de ser un Nabab. Pasaba su vida entre placeres y refinamientos, y en los salones del diario se reunían a charlar los mejores ingenios del tiempo. «La Epoca» era el diario moderno y vibrante en el cual se registraban, día a día, correspondencias de los más altos valores de Europa. Algunos días se insertaban correspondencias en francés, de Jules Simon, lo cual daba un cachet fantástico a ese órgano de publicidad. Alternaban en sus columnas artículos de Castelar, de Anatole France, de Pérez Galdós, Aureliano Scholl, y se publicaban cuentos de Daudet y de Teodoro de Banville.

—Mi valija y yo—escribió Darío años más tarde, al recordar en su autobiografía la recepción en la estación de Santiago—quedamos a un lado y ya no había nadie casi en el largo recinto, euando divisó dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero y valet y un señor todo envuelto en pieles, tipo de financiero o diplomático, que andaba por la estación buscando algo».

Es probable que el propio Mac Clure haya sido

quien se resolvió a ir a la estación a esperar a su recomendado de Nicaragua y de quien Poirier tanto le había hablado y que traía cartas de recomendación de un ex diplomático muy recordado en Santiago: don Juan Cañas. Es una hipótesis. También hay otra: la del error en que incurrió el propio poeta, quien en lugar de escribir M. C. escribió por falacia de la memoria A. C. o C. A. Mac Clure era hombre galante y atento y no es aventurado pensar que si le habían recomendado a ese poeta que venía de tan lejos para que se le atendiera y se le abriera camino, fuera él en persona a recibirlo. La hospitalidad chilena ha sido siempre generosa y en aquellos años más que hoy.

Pero en fin, sea quien fuere la persona que fué a recibirlo a la estación, existe grabada en las páginas autobiográficas de Darío, la sorpresa que éste vió pintada en el rostro del desconocido y la mirada sardónica y piadosa con que lo envolvió al descubrirlo, junto a su valija y en la actitud característica de abandono del que no tiene a nadie a quien dirigirse.

En aquella mirada—añade Darío en su obra citada—abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera, mis ojeras, mi chaquecito de Nicaragua, unos pantalones estrechos que yo creía elegantes, mis problemáticos zapatos y sobre todo mi valija».

Es comprensible. En el hombre que le tendió la mano, el poeta palpó la frialdad mezclada al desaliento que produce una imagen distinta de la que nos hemos formado de una persona, al encontrarla más tarde

en la realidad... Ah... parece que nos dice una voz recóndita: «¿Pero éste es el hombre de que tanto me habían hablado?... No... no... no era esto lo que yo esperaba...»

En efecto, no era eso como se ha visto por la propia descripción que Darío hace de sí mismo. El embrión de poeta era entonces un ser apocado, tímido, encogido, entristecido por la pobreza. No hay referencia alguna que contraríe este aserto. Su situación en Nicaragua no era ni con mucho, de opulencia y por lo tanto, la indumentaria que usaba estaba de acuerdo con sus precarios medios de vida. Debe haberse sentido ridículo, frente a ese potentado magnífico, con un ancho cuello de piel en su gabán, como era de uso en aquellos años, y que tenía aires de financiero o de diplomático...

Por lo demás el señor A. C. no se cuidó tampoco de ocultar la mala impresión que le había causado su recomendado. Llamó al «valet» que aguardaba, fuera del andén, cerca del coche, en el sitio destinado a los carruajes y que se veía desde el interior de la estación, y dirigiéndose a Darío le dijo luego esta frase mortal, envuelta en flores, que es y fué como la rúbrica definitiva que el orgullo desdeñoso traza debajo del corazón de los insignificantes:

—Tengo mucho placer en conocerlo, señor Darío... Le había hecho reservar habitación en un Hotel de que le hablé a su amigo Poirier... Pero no le conviene...

Este «no le conviene» encerraba todas las negaciones del estado natural del poeta. Era el golpe final, el sarcasmo lógico, humano, algo sangriento y por eso mismo más aplastante. En la cabeza de Darío, llena con el rumor de abejas de la ilusión, se hizo un silencio obscuro y lamentable. El castillo de ilusiones se derrumbó sin estrépito, como si un trágico montón de arena rodara sobre su corazón.

Porque es preciso también ponerse en el caso de ese personaje desconocido, ese A. C. o quien fuere. Seguramente éste había pensado, cuando se trató de buscarle alojamiento, en el Hotel Inglés, que por aquellos años era el hotel de lujo, el hotel de los diplomáticos, de los financieros y de todos los hombres de prosapia que llegaban a Santiago. Los departamentos lujosos de ese hotel sólo se abrían para los que tenían gran fortuna, para los grandes artistas, para los diplomáticos y para los viajeros de rumbo y corte. Allí estuvieron Sara Bernhardt, el Príncipe de Borbón, el Marqués de Sanminiatelli y otros señores... Darío?... Darío era otra cosa...

Parece que el valet le acompañó a la residencia transitoria que le señaló el señor A. C. al oído, cuando aquel se acercó para recibir órdenes. Debe haberle dicho: «Llévelo mientras al Hotel de Ambos Mundos... Mañana veremos donde lo instalamos»...

Ese Hotel de Ambos Mundos, que seguramente estaba en las inmediaciones del Mapocho, por la calle del Puente, o quizá por San Diego abajo...

Y en efecto, pocos días después quedó Darío instalado en la bohardilla de *La Época*...

• • •

La Imprenta del diario *La Época* estaba en la calle del Estado, en la primera cuadra, muy cerca de «Papa Gage», restorán muy frecuentado en aquel tiempo por los elegantes de Santiago y en el que los redactores y colaboradores del diario nombrado cenaban casi todas las noches y no muy lejos del Club de la Unión, centro político y social de la aristocracia. La sala de redacción, según Orrego Luco, era una pieza estrecha, de techo bajo, con ventana que daba a la calle Estado. Se llegaba allí por una escalera en la cual dormían, hecho ovillos, los suplementeros.

De los recuerdos de Luis Orrego, sobre Darío vamos a glosar la impresión que le produjo su primer encuentro con el poeta. Manuel Rodríguez Mendoza ya había anunciado a los redactores la llegada del nuevo desconocido. Cuando le preguntaron éstos qué impresión le había dejado el poeta, respondió que le había parecido un «indio triste».

Darío fué alojado en el primer tiempo en la misma imprenta, en una pieza estrecha y sin luz. Cuando le fueron a visitar Orrego Luco, Daniel Caldera, Rodríguez Mendoza y algunos otros Darío estaba sentado en una vieja maleta y revisaba diarios franceses, tiri-

tando de frío. La cama estaba cubierta de periódicos extendidos, con los cuales se abrigaba de noche.

«Aun creo ver la hermosa cabeza de Darío—escribía muchos años después Orrego Luco—tal como surge a través de mis recuerdos. No era la cabeza de Apolo, pero tenía la expresión hermosísima de la bondad entretrejida con el talento y refinado, desde los primeros albores, por las miserias y sufrimientos de la vida. Muchos inviernos, desde entonces, ha dejado caer sobre mí la tristeza de sus lluvias y muchos otoños han deshojado sus rosas y sin embargo, veo todavía la dulzura de la sonrisa y la tristeza melancólica de Rubén; su expresión de grandeza resignada ante las amarguras de la vida, resuelto a ser un mísero bohemio, un paria, un desterrado por la vanidad insolente de los ricos de la tierra, el vago errante de la caravana que pasa, pero convencido al mismo tiempo de que sería un gran poeta, que llevaba en sí la ternura inmensa de los humildes y de los grandes».

El diario «La Epoca» congregaba, como se ha dicho, a lo más granado de la juventud literaria liberal de 1880 y se ha expresado que en sus columnas aparecían artículos de los valores más destacados de las letras europeas. Allí hemos visto reproducidas las novelas: «José», de Armando Palacio Valdés; «Historia de Amor», de René de Maizeroy; «Pedro y Juan» de Maupassant; «Marianela», de Pérez Galdós; cuentos de Francois Copee, de Alfonso Daudet, estudios de José Martí, Menéndez y Pelayo, Emilio Castelar

y notas frecuentes, bibliográficas y críticas sobre literatura alemana, francesa e italiana. El movimiento político de Europa era analizado en las correspondencias periódicas de Jules Simon, que se reproducían en francés y una de las cuales comenzaba de este modo:

«Il n'y a au fond, en Europe, que deux affaires: la lutte du socialisme contra la société et la lutte de l'Allemagne contre la France». Y añadía luego: «On voit naître ainsi a chaque instante sur un point de l'Europe ou»—se refería al socialismo, a las revoluciones en Rusia y a las elecciones municipales de París—sur un autre, de petits incidents qui servent a montrer que l'ennemi et las, dans le tenebres, attendent le moment ou nos fauts le permetront d'engager la bataille sur tout la ligne».

Simon no alcanzó a ver la batalla encendida en toda la línea, cincuenta años más tarde, alimentada por los defectos y errores de la burguesía liberal, según él mismo afirmaba.

La sociedad de ese tiempo tenía una admiración ciega por todo lo francés y el pensamiento íntimo como las exterioridades brillantes de sus miembros estaban calcados en las modas y en las costumbres parisienses.

Mac Clure conocía los gustos de su clientela y los nutría dándoles algunas mañanas, en el idioma predilecto, las correspondencias que los lectores devoraban con el agrado que es de suponer. Existía, pues, una atmósfera de marcada influencia francesa. Los anuncios, comerciales de «La Epoca», referentes a las noveda-

des literarias llegadas por los últimos correos, señalaban en las listas de libros recibidos, el predominio de los autores franceses: Goncourt, Gautier, Zola, Loti, Mallarmee, Copee, Daudet, Maupassant, Renan, Brunetiere, Taine, Mendes, Mezeroy, etc., y libros de autores españoles, como Pérez Galdós, Palacio Valdés, Menéndez y Pelayo, Leopoldo Alas, y luego los rusos Tourgenev, Dostoyewsky, Puskin, Tolstoy. Grupos literarios se reunían en las librerías de Baldrich que estaba en la calle de Huérfanos y Colón en la calle Estado.

Había la emoción virginal del libro recién llegado, aún fresco de tinta; la viva curiosidad que hacía palidecer de contento a escritores como Balmaceda Toro, Manuel Rodríguez Mendoza, Narciso Tendreau, Alberto Blest, Samuel Ossa Borne, Orrego Luco y para los cuales la aparición de un libro nuevo era la más honda de las emociones.

Tomaban temblando en sus manos los volúmenes recién llegados y los hojeaban con una especie de secreta voluptuosidad. Esta vida literaria estaba apoyada sobre el estremecimiento absoluto del arte. En vano se habría buscado, en cada uno de ellos, preocupación alguna que no fuera la glorificación de la belleza. Las páginas que nos quedan de esos escritores son la muestra de espíritus aquejados por el divino mal de soñar o por la ansiedad de ir algún día a los centros mismos del arte. París era la meta ambicionada, el único norte de aquellas almas que comulgaban cada mañana, como era

de rigor decirlo, en Goncourt, en Baudelaire, en Gautier, en Mendes, en Mallarmee, en Richepin.

«La Epoca» acogió a todos estos espíritus vibrantes. Mac Clure poseía el don de la simpatía comunicativa que hacía posible la reunión de temperamentos movidos por un mismo y generoso sentido de la belleza. Era un hombre dotado de un rico temperamento, aunque no fué él un creador o un artista. Tenía la mezcla simpática de un vividor y de un bohemio, pero sólo la política tenía para él, un valor positivo. No hacía la bohemia desarrapada sino la bohemia del lujo y del refinamiento. Fué famoso su refugio elegante y lleno de misterio, según los testimonios de la época, ubicado en un barrio apartado de Santiago y en el que alternaban políticos, mujeres alegres y diplomáticos. Era el gusto del tiempo y el placer que proporcionaba la riqueza, el ocio y el bienestar, sin sobresaltos, de una etapa ostentosa.

«En Chile, según Luis Orrego Luco, poetas como Alfredo Irarrázabal le tenían horror a la melena, llevaban frac y corbata blanca, andaban elegantísimos, fumaban Aguilas Imperiales»; derrochaban el dinero junto con el ingenio y contemplaban la vida sonriendo. De la bohemia de Murger, teníamos dos cosas: el amor y los veinte años. Lo primero que hizo Alfredo Irarrázabal cuando le presentaron a Darío, fué ponerlo en relaciones con su sastre para que lo dejara presentable. Recuerdo que una noche comiendo en el Parque Cousiño, a la hora del champagne, nuestro

amigo Darío descubrió al poeta Pedro Nolasco Préndez que usaba melena—la única en Chile—se levantó y se dirigió hasta él para darle un beso en la frente, el ósculo de paz, la «acollade» de los generales franceses».

Chile cruzaba por aquellos años, un período de esplendor. Se había ganado la guerra del Pacífico y las finanzas estaban nutridas en una colosal riqueza que empezaba a brotar de las explotaciones del salitre. Un país vencedor camina como sumergido en el marasmo. Se aflojan los instintos de placer y cada cual parece ser en sí mismo, un pequeño Dios. No había más que las luchas eternas de la política. Comenzaba ese duelo que con el tiempo debía adquirir una irritación enojosa y sombría. Los partidos liberales y conservadores aspiraban cada cual, desde su esfera, a manejar esa gigantesca riqueza que había sido adquirida a costa de enormes sacrificios en las jornadas terribles del desierto. Presidían este duelo los gobierno firmes y autoritarios. La administración estaba apoyada sobre un concepto sólido de la respetabilidad y de la seriedad. El país, en verdad, daba la sensación de un organismo severo, cuyos rodajes se movían armoniosamente cautelados por autoridades celosas del cumplimiento del deber. No estallaban inquietudes sociales ni parecía sentirse descontento. La porción más miserable de la sociedad permanecía en la penumbra. A nadie se le ocurría despertarla y la opinión pública, representada en los diarios o en el parlamento, no alborotaba el am-

biente ni pretendía sacudir el marasmo de esa masa humana dormida que vivía en su pobreza como aletargada o enervada. Parecía en realidad que las revoluciones abundantes de otro tiempo, en los períodos de la organización y del afianzamiento habían terminado, y si bien los políticos se movían guerra diaria, por preeminencias o ambiciones de grupo o por emulaciones de tribus, se comprendía que todo aquello no era más que la lucha por la supremacía en los cargos públicos o en el parlamento o por el manejo de aquella riqueza colosal...

Pero la riqueza trabajaba misteriosamente en el fondo del organismo. Suscitaba, invisible, las obscuras batallas del econo, hinchaba la prepotencia de los audaces y algunos fermentos doctrinarios irrumpían en los debates de las Cámaras. En los barrios apartados, asociaciones obreras, que muy pocos conocían, mantenían vivo y alerta el latido de la protesta y sus oradores, encendidos en el dolor de la injusticia y en la observación de los derroches a que se entregaban los potentados, aleccionaban a los grupos para el gran día de la revancha. Si Jules Simon anunciaba los primeros síntomas de la gran lucha social en Europa, también en nuestro país se iniciaban tímidamente las primeras escaramuzas de las batallas que debían culminar, pocos años más tarde, en la sangrienta revolución del 91 y mucho después en las luchas enconadas del parlamento hasta precipitar en la catástrofe a la vieja y autorita-

ria Constitución del 33, en pleno vigor, en los días en que Rubén Darío llegaba a Chile.

Veamos, sin embargo, un hecho sugestivo que abona esta aserción. El diplomático inglés Sir Horacio Rieimbod, había expresado no hacía mucho—y esto lo comentaba el diario «La Epoca»—en su informe sobre Chile al Ministerio de Relaciones de su patria, lo siguiente, sobre Santiago: «Los chilenos llaman a su metrópoli el París americano. En realidad, Santiago no es sino un pequeño trozo de París, injertado en una aldea de indios». El diario citado agregaba por su cuenta: «La situación ha cambiado poco. Los ricos se están poniendo peor. Las clases populares viven como antes y seguirán viviendo si no logran decencia y sabiduría. Todo para las familias de la suerte; nada para los hijos del pueblo».

Luego razonaba acerca de la inexistencia de una clase media laboriosa, dotada de bastante mérito propio para no necesitar del mérito postizo que se pretendía hallar en los pergaminos. «Pero hasta hoy día—añadía—¿qué se ha hecho en este sentido? Ahondar más y más el abismo que separa a los dos miembros de nuestro cuerpo social: al patricio, por la gracia del Dios dinero, del plebeyo por la gracia de nuestro gobierno oligárquico. Todos los paseos y teatros son para los ricos. No hablemos del Teatro Municipal hasta cuyo vestíbulo no llegan sino los capitalistas; ni del Cerro Santa Lucía monopolizado por la gente de tono,

ni de la Quinta Normal en donde no penetra el obrero sino sacrificando el ahorro de una semana de trabajo: Pero tomemos por ejemplo la Alameda o la Plaza de Armas. La Alameda es una calle, salvo pequeñas diferencias, como cualquiera otra. Pero tan pronto como la presencia de una banda de músicos cambia la vía pública en paseo, su acceso en una parte de su extensión queda prohibida al pueblo, no por obra de la ley sino por obra de la costumbre. El pueblo, a fuerza de sufrir injusticias, se ha habituado a no rozarse con la gente de pro y en su natural indolencia acepta la separación como un hecho necesario».

Había al lado contrario, la opulencia, la riqueza fulgurante. Santiago estaba siempre consumiendo los licores más exquisitos y más costosos de Europa y los perfumes y las telas que el Viejo Mundo enviaba por cada vapor. Los muebles se importaban directamente, la vajilla se traía de los centros industriales más elegantes y el cambio a 26 peniques permitía estos derroches y muchos otros, pero llevaba al extranjero lo mejor de nuestra riqueza nacional sin que de allá volviera nada que pudiera compensar esta hemorragia persistente y agotadora. Un potentado de la tierra chilena, productor de vinos magníficos, había dado, por esos días de la permanencia de Darío, un baile suntuoso al Príncipe de Borbón que se encontraba de paseo en Santiago. El comedor del Palacio estaba adornado con muebles estilo Príncipe Federico Guillermo, traídos en un viaje del poderoso señor a Europa. Los salones parecían rin-

cones feéricos. Varios días la prensa y especialmente «La Epoca», estuvo dando detalles de esta fiesta que asombró al Borbón, por la magnificencia digna de una Corte europea.

En los teatros actuaban compañías extranjeras, de ópera, de comedia y de zarzuelas. Se cantaban por entonces óperas como Mignon, Zampa, Aída, Rigoletto, Lucía, Traviata, etc., operetas famosas y las producciones últimas del género chico español. Los grandes artistas alternaban con los bobemios elegantes. Para demostrar cuanta riqueza había almacenada en los bancos y en los cofres, las familias aristocráticas hacían regalos espléndidos a los artistas de su devoción. Las noches de beneficio en el Teatro Municipal eran rutilantes y fantásticas, por los obsequios que, criados de librea, presentaban en el escenario en medio de tempestades de aplausos, a los tenores, a las tiples, barítonos y bajos de las compañías líricas: placas de brillantes, anillos de perlas, solitarios, prendedores, tabaqueras de oro, bastones con empuñaduras valiosas, carteras de cuero ruso con monogramas de oro. Cada familia o cada admirador quería sobrepasar la esplendor de los otros. Y entre tanto el pobre Darío cantaba por allí, en su poema «Invernal»:

«Y si no tiene un fogón que lo caliente  
el que es pobre tiritita . . .»

Había una atmósfera de fausto y de grandeza. El propio poeta, tímido y huraño, que bebía a torrentes

quizá para espantar su timidez o para espantar los fantasmas que lo perseguían, recuerdos aviesos o lejanas amarguras vividas en su tierra nativa, dijo de Santiago años más tarde, ya definitivamente alejado de Chile: «El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristocrática. Quiere aparecer vestida de democracia, pero en sus guardarropas conserva su traje heráldico y pomposo; baila cueca, pero también la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la Colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un Barrio de San Germán en la calle del Ejército Libertador, en la Alameda. El Palacio de la Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega a la Bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela y a veces hace versos, en sus horas perdidas...»

Pero a pesar de hacer versos en sus horas perdidas, la muerte de Pérez Rosales no produjo conmoción alguna. Esa muerte ocurrida en 1886, pasó casi inadvertida. Tres meses después, como si hubiera sobrevenido el remordimiento, «La Epoca» publicó el retrato en una página entera dibujado por F. Rojas y grabado en la litografía Cadot. Un retrato como de un hidalgo español, de anchas patillas blancas de esas llamadas «de hacha» y pelo también blanco. Acompañaba el retrato con un artículo encomiástico acerca del hombre de letras y en él se insistía sobre de la modestia proverbial de su carácter y de su espíritu caritativo. El

mismo Pérez Rosales se llamó «aprendiz de literato» a raíz de la publicación de su libro «Recuerdos del Pasado». Los funerales fueron sencillísimos. Después de unas honras fúnebres en la iglesia de la Merced, llevaron los restos al Cementerio General, en donde habló Guillermo Puelma Tupper. Nadie volvió a acordarse de nuestro ilustre escritor. La prensa guardó silencio y un olvido que duró muchos años tamizó sobre la muerte su polvo gris y amargo . .

Pero aun nos queda algo que decir de lo que pasaba en Santiago, mientras fué huésped Rubén Darío.